

Clotilde Lasalle

*Un cuento por caridad*¹

Las grandes estructuras de hierro del subterráneo brindaban un paisaje sobreprotector ante la posibilidad de un temblor o un ataque aéreo, pero también mostraban que uno estaba a merced de ellas y que, ante cualquier error de construcción, podrían convertirse en una tumba, impenetrable y permanente.

La gente esperaba con ansiedad la llegada del tren, mientras contemplaba la magnífica obra, lograda desde las entrañas de la tierra. Pero también, y sin dudas, pululaba una idea general que dominaba las conversaciones de los transeúntes: ¿Y si se inundan? ¿Y si las estructuras ceden ante los embates del río²? Lo cierto es que, para ellos, esos pensamientos pesimistas, en aquella tarde, no encontraban lugar debido al frío infrecuente.

Esta es la historia de Clotilde Lasalle que, dicen, aun puede verse en Buenos Aires; pero sólo en las noches, y cuando nieva.

¹ Fábula inspirada en M. L. S.

² El Río de la Plata.

Aconteció el 9 de julio de 2007, cuando Marlena, una hermosa niña de abundante cabellera, y de cinco años de edad, caminaba junto a su madre por las calles del centro de Buenos Aires. Miraban vidrieras y elegían regalos. Luego, y al cabo de algunas horas, cerca del histórico Cabildo, la madre se detuvo frente a un negocio de Avenida de Mayo para comprar golosinas. Miró a su alrededor para tomar la mano de su hija, pero vio que ella ya no estaba. Se asustó, pero al cabo de unos instantes, pudo volver a verla. Afortunadamente, seguía ahí. Marlena, extasiada, observaba algo frente a la vidriera de una juguetería. Entonces, su madre caminó tan rápido como pudo, y se detuvo frente a la niña. Vacilaba entre regañarla una vez más o agradecerle a Dios haberla encontrado sana y salva. En primer lugar, le habló con tono aleccionador, pero la niña no escuchaba; estaba atónita frente a un árbol en miniatura, mientras, desde el interior de la juguetería, se escuchaba una melodía encantadora. Y, además, era sabido que en el negocio nunca faltaba la música, ya que sus dueños eran aficionados a escuchar música clásica³ y la música popular que vivirá por siempre⁴. Era una tarde fría, muy fría, recuerdo. En aquella ocasión, pues, se escuchaba suavemente «La Danza del Hada de Azúcar»⁵.

La madre, al ver a la niña, y entender que no escuchaba sus reproches, decidió fijar la atención en aquello que Marlena miraba. En la vidriera había un árbol y ambas lo observaron durante algunos minutos. De pronto, la madre

³ Colección de Música Clásica del *Reader's Digest*.

⁴ Colección de Música Popular que vivirá por siempre del *Reader's Digest*.

⁵ «La Danza del Hada de Azúcar», *El Cascanueces*, de Пётр Ильич Чайковский (Piotr Ilich Tchaikovski).

entendió que ya era el momento para partir, pues el frío intenso de Buenos Aires advertía que la temperatura seguiría bajando aún más. Tomó la mano de la niña con el ánimo de iniciar el movimiento, pero notó de inmediato que la niña no quería moverse. Seguía impávida, mirando la vidriera.

—¡Vamos que ya es hora de regresar y hace mucho frío! —dijo la madre.

Pero la niña, no respondía; seguía allí, sin moverse.

—¡Vamos, vamos, que tenemos que regresar! —volvió a decir la madre.

Y al ver que la niña no respondía, su madre fijó la mirada en la misma dirección que lo hacía la niña. En eso, pudo ver que el objeto de atención no era precisamente el árbol. No; era otra cosa, algo que pendía de una de las ramas más altas. Y para cerciorarse de que ambas miraban lo mismo, la madre preguntó a la niña:

—¿Qué está mirando mi chiquita?

Y la niña, cerrando un ojo, sólo atinó a señalar el objeto con su dedo meñique. La madre, entonces, miró con detenimiento. En efecto; ahora ambas contemplaban lo mismo. Era un adorno con forma de niña. Pero, además, había algo raro en su rostro y, aunque parecía dormida, no expresaba nada. Y debo reconocer que no era eso, precisamente.

—¿La conocen? —susurró alguien.

Ambas, la madre y su hija, fueron sorprendidas por la presencia de un extraño, un hombre en situación de calle. De mediana estatura, edad avanzada y barba amarilla,

producida por la nicotina de los cigarrillos consumidos, y depositada durante décadas.

—¿Conocen a Clotilde Lasalle? ¿Saben qué le paso? — preguntó el desconocido.

—No, no —respondió la madre, mientras la hija miraba el raído saco del anciano.

—¡Me imaginé! —dijo el hombre mostrando una generosa sonrisa—. Puedo contarles la historia, pero sólo si me invitan a comer y a tomar algo caliente —agregó.

La madre de la niña, al ver que era un hombre inofensivo, accedió; aunque lo hizo por lástima, más que por curiosidad. Entraron a un restaurante ubicado unos metros más allá, justo en la esquina. Luego, caminaron siguiendo las indicaciones del mozo, que miraba con indiferencia a los nuevos clientes. Se quitaron los abrigos, se sentaron a la mesa e, inmediatamente, ordenaron café con leche y sándwiches para los tres.

—Voy a contarles una historia, aunque debo reconocer que es extraña —agregó el hombre.

—¡Me da miedo, mamá! —dijo la niña sobresaltada.

—No temas, querida —respondió la madre sonriendo.

—Esta historia también encierra una gran enseñanza, pequeña —replicó el hombre.

Y mientras la madre y su hija miraban con suma atención, el hombre, ya reconfortado con la cálida temperatura del restaurante, comenzó a hablar:

—Hace varios años, allá por 1918, existía una hermosa niña, como la que está sentada acá, llamada Clotilde, Clotilde Lasalle, a decir verdad. Vivía con sus padres, hacia

las afueras de Buenos Aires, en una hermosa mansión en el barrio de Belgrano. Ellos disfrutaban alegremente de la vida, ya que el padre gozaba de una elevada posición, económica y social, por ser un empleado jerárquico de una famosa empresa. Un sábado, como solía ocurrir, fueron a visitar a la abuela materna que vivía en San Isidro. Luego, y después del almuerzo, Clotilde fue a jugar al jardín de la casa con Ruperto, un cachorro de San Huberto, muy simpático, pero algo torpe. Lo cierto es que, en un momento dado, el perro corrió detrás de un gato negro que había aparecido en aquellos días; y, como era de esperar, Clotilde también siguió a Ruperto, alejándose varias cuadras de la casa de su abuela. Después, lamentablemente, Clotilde traspasó los límites de una casa derruida que, cuenta la leyenda, había pertenecido a una mala mujer. Pasados algunos minutos y, habiéndose puesto el sol, de manera extraña, comenzó a bajar la temperatura; e hizo tanto frío en aquella ocasión, que el cielo comenzó a tornarse gris, como del color del plomo. Podría decirse también que era el momento ideal para la implacable nieve; pero todos sabemos que no nieva en Buenos Aires. No obstante, Clotilde comenzó a sentir el rigor del clima, aunque sabía que no iba a regresar sin su querida mascota. «¡Ruperto, Ruperto! ¡Tenemos que volver! ¡Ruperto, Ruperto!», gritaba la niña. Y aunque Clotilde seguía buscando, el perro no aparecía —agregó el hombre.

—¡Qué feo! —dijo la madre de Marlina.

Luego, el anciano continuó su relato.

—Y así transcurrió el tiempo, con desasosiego y desesperación, hasta que Clotilde notó que comenzaba a anochecer, con lo cual sintió miedo y empezó a llorar —decía el mendigo, y miraba más allá de la ventana—.

«¡Ruperto, Ruperto! ¿Dónde de estás?» —la imitaba el anciano—. Mientras tanto, en la casa de la abuela, los padres de Clotilde vieron que era tiempo de regresar, y la dueña de casa fue la primera en darse cuenta de la silenciosa ausencia de Clotilde —agregó el anciano—. «Pero, ¿dónde está Clotilde?», preguntaba la abuela. «¡Debe estar jugando con Ruperto!», respondió el padre, despreocupado. «¡Qué raro, no la escucho!», dijo la madre. Entonces, decidieron salir al jardín para ir a buscarla. «¡Clotilde, Clotilde! ¡Nos vamos!». La buscaban, pero Clotilde no aparecía y comenzaron a dar muestras de intranquilidad. «No puede estar muy lejos», dijo el padre, desconcertado. Y la madre, sin contestar, sólo atinó a mirarlo con sorpresa. «¡Clotilde, Clotilde! ¿Dónde estás?». Y Clotilde no respondía.

»Mientras tanto, en la casa derruida, Clotilde buscaba la manera para regresar, pero todavía no encontraba a Ruperto. De repente y pensando que el perro podría estar enredado entre los matorrales, comenzó a caminar dentro de la espesa y reseca maleza. De pronto, vio la cola de Ruperto, pero también notó cómo desaparecía inmediatamente. Entonces, quiso correr tras él, aunque con dificultad. Fue en vano; Ruperto había desaparecido otra vez, y Clotilde, en verdad, comenzó a sentir pánico. «¿Y Ruperto? ¿En qué lugar estoy?», pensaba Clotilde. Sin dudas, quería regresar; correr hacia la salida que ya no veía. Pero, ahora, no podía moverse. Sin dudas, estaba atrapada. ¿Cómo podía ser? ¿Qué la detenía? Era un encorvado y gigantesco abeto; en verdad, un *Picea pungens hoopsii*, conocido popularmente como «abeto azul», enclavado en el medio del misterioso jardín, y cuya punta casi tocaba el suelo. Sin embargo, tal fue la desesperación que logró zafarse. Sonrió con rabia, victoriosa, pero sólo por un

instante. Y con un enorme esfuerzo, intentó correr, al fin, hacia una salida que, lamentablemente, no estaba a su alcance. El abeto, sin querer, la había atrapado otra vez.

—¡Qué horror! ¡No lo puedo creer! —dijo la madre de Marlena, mientras abrazaba a su hija.

—Es cierto, aunque preferiría no tener que reconocerlo —dijo el anciano.

—¿Y entonces qué pasó? —dijo tiritando Marlena.

—¡Comenzó a nevar⁶! —exclamó el anciano.

—¿Cómo? —dijo, confundida, la madre de Marlena.

—Así es señora; aunque cueste creerlo —replicó el anciano—. Y Clotilde, con una firme voluntad, intentó correr, pero sin darse cuenta de que el extremo de una gran rama se había enredado en su abundante cabellera. Y así, cuando Clotilde quiso moverse, sintió que algo la retenía con firmeza. Pero no podía entender qué estaba sucediendo. Creyó que el abeto había cobrado vida, y una gigantesca mano de ramas la agarraba con firmeza. Después, asustada, la niña tropezó con un brote del abeto azul y cayó a un pozo que, si bien no era profundo, fue lo suficientemente peligroso como para que Clotilde quedara casi cubierta de nieve, con el terrible riesgo de comenzar, rápidamente, a padecer hipotermia. Sin dudarle, quiso gritar una y otra vez, pero no pudo. Luego, el frío gélido cristalizó su aliento y, finalmente, la desmayó. Entonces, el abeto azul, que sí estaba vivo, en un esfuerzo desmedido, se alzó arrastrando a la pequeña Clotilde, para que no quedara sepultada debajo de la nieve. Y, en efecto, lo logró. E incluso, fue tal el impulso, que el árbol, ahora erguido, agotó toda su energía

⁶ Se registra en Buenos Aires otra nevada el 22 de junio de 1918.

vital para salvar a la niña; pero, por desgracia, quedó exhausto para devolverla al suelo, sana y salva. La nieve siguió cayendo, sin prisa, sin pausa, silenciosa y mortal; y ambos, la pequeña Clotilde Lasalle y el abeto azul, quedaron finalmente congelados.

Marlena dejó de comer y sólo abrazaba a su madre. Entonces el anciano continuó:

—Al cabo de unas horas y dado que Clotilde no aparecía, sus padres decidieron llamar a la policía. Desafortunadamente, siguió nevando; raro en Buenos Aires, pero no imposible. La policía, y esto hay que reconocerlo, puso todo su empeño para seguir buscando a Clotilde durante la noche.

—¿Y después? —preguntó la mamá de Marlena.

—La temperatura siguió bajando hasta alcanzar niveles inusuales —dijo el anciano.

—¿Y qué pasó con Clotilde? —atinó a preguntar Marlena.

—Finalmente, quedó congelada. Y, además, el cuerpo estaba tan escondido que jamás pudieron encontrarlo. Recuerdo que fue horrible —agregó el anciano—. Pasó el tiempo y la causa judicial fue archivada; y acerca de la desaparición de Clotilde Lasalle nunca nadie supo nada.

—¿Y entonces? —preguntó la mamá de Marlena.

—Lo cierto es, según dice la leyenda, que, debido al frío inusual de aquel día, Clotilde sufrió un congelamiento desmedido; y, por tal motivo, su frágil cuerpecito se vio reducido enormemente, casi al tamaño de un adorno para árboles de Navidad —agregó el anciano.

De pronto, el anciano debió interrumpir su relato cuando el mozo de la confitería preguntó:

—¿Van a tomar algo más?

—No, no —dijo la mamá de Marlena.

—¿Le traigo la cuenta, señora? —preguntó el mozo.

—Sí; gracias —respondió, mientras la niña miraba a su alrededor.

Luego, todos hicieron silencio, mientras la señora abría su cartera y elegía un billete para pagar. En eso, llegó el mozo con la cuenta. Recibió el dinero y dijo:

—Ya le traigo el cambio —indicó, especulando con que la mamá de Marlena le dejaría la diferencia.

Y así fue, pues ella agregó:

—Está bien, el cambio es suyo —respondió.

—Gracias, muy amable —agregó el mozo.

—Muy interesante —comentó la señora dirigiéndose al mendigo.

—Sabía que les iba a interesar; pero todavía no les conté el final —dijo el anciano.

—¿Ah sí? ¿Y cuál es? —preguntó la señora.

Y el hombre, después de terminar de ponerse el raído abrigo, dijo:

—El asunto es que pasaron los años y la casa donde acontecieron los tristes sucesos que involucraron a la pequeña Clotilde Lasalle fue vendida. Los nuevos moradores decidieron hacer refacciones en general. Arreglaron el techo, las habitaciones, y hasta se propusieron limpiar el inmenso jardín. Pero cuando encontraron el abeto azul, vieron que era desmedidamente grande; con lo cual, decidieron, luego de arduas discusiones, derribarlo a

como diese lugar. Lo intentaron una y otra vez; pero, por diferentes motivos, la tarea fue infructuosa. Y esto no es todo; la historia no termina aquí —continuó el anciano.

—¿No? —preguntó la señora mirando su exclusivo reloj.

—No, no, señora. Apenas sólo pudieron despuntar aquel gigantesco abeto azul. Sin embargo, luego de un tiempo, y durante una gélida noche, como la de hoy, dicen algunos moradores de aquella zona, que, luego de la desaparición de Clotilde Lasalle, pudieron ver en lo alto del árbol, a una pequeña muñeca, o adorno navideño, pendiendo de una de sus ramas.

La mujer miró sorprendida al anciano, como si buscara en sus ojos que todo se trataba de una excusa para tener una comida, a modo de merienda y cena. Algo así como un intercambio y nada más. Pero en los ojos del anciano sólo se encontraba la cruda verdad; era cierto, definitivamente. Aquella trágica tarde, la pequeña Clotilde Lasalle había quedado enredada, desde sus cabellos, en el abeto azul.

Luego, a la salida de la confitería, y sin decir palabra, la madre miró a su hijita con ojos sobreprotectores.

—Por eso, señora, durante las noches de frío intenso, como si fuera nevar, y cuando la luna es brillante, como para tener una visión nítida en la oscuridad, dice la leyenda que es posible ver la silueta de Clotilde Lasalle. Pero lo raro del asunto es que no hay expresión alguna en su rostro; más bien es el semblante de una niña que duerme tranquila durante el eterno descanso de la muerte —concluyó el anciano.

—¡Vamos, vamos, Marlina! ¡Se nos hace tarde! —dijo apresurada la señora.

—¡Fue un placer charlar con ustedes! —agregó el anciano.

Y sin decir palabra, la señora simplemente sonrió.

—¡Muchas gracias por todo! —dijo el anciano.

—Fue sólo una merienda —agregó la señora.

—Créame, señora, que para mí fue mucho más que eso —replicó el hombre.

—Sin embargo, hay algo que no entiendo en este asunto —expresó la mujer.

—¿Qué cosa? —preguntó el anciano.

—Usted dijo que la historia encierra una gran enseñanza; pero no alcanzo a verla —preguntó con suspicacia la señora.

—¡Qué memoria! La enseñanza es acerca de la caridad con los pobres —dijo el anciano.

—¿Cómo es eso? —preguntó la mujer sonriendo levemente.

—Precisamente. Ustedes han hecho una donación de tiempo y dinero para dar de cenar a un hombre como yo. Quizás, están muy lejos de saber cómo se padece el hambre y el frío durante las noches como esta. La merienda, como dijo, representa para mí una opípara cena. Señora, usted ha sido muy generosa y, en verdad, se lo agradezco inmensamente —dijo el anciano.

La mamá de Marlena permaneció en silencio durante algunos instantes, mientras miraba a su hijita. Seguidamente, volvieron a despedirse con amabilidad. Pero en esta ocasión, ya podía verse, en la mirada de la señora, un gesto de ternura y comprensión. Luego, la señora tornó su rostro como de costumbre, sobrio y formal. Sus ojos buscaron la dirección a seguir. Miró hacia allá, a la distancia.

Tomó la mano de la niña con firmeza y comenzó a caminar sin vacilar. Y mientras la señora y Marlina se alejaban apresuradas antes de que la noche se cerniese sobre ellas, el anciano sonriendo generosamente les gritó:

—¡Y recuerden abrigarse esta noche, señora!

Al escuchar, la mujer dirigió su mirada hacia el hombre una vez más.

—¿Cómo dijo? —preguntó ella.

—¡Sí, sí; porque seguramente va a nevar!

Y la mujer sonrió dedicándole el último adiós, mientras hacía un esfuerzo inmenso para contener las lágrimas, al comenzar a comprender a aquellos que sufren ante la impotencia de no poder y no saber cómo hacer para cambiar sus vidas.

Y en eso pareció caer el primer copo de nieve en el rostro de Marlina. Era una tarde fría, muy fría, recuerdo. En aquella ocasión, pues, se escuchaba suavemente «La Danza del Hada de Azúcar».

La Plata, octubre de 2015.